



CAPITULO XVIII

Fisonomía de la España primitiva.—Causas que influyeron en las primeras conquistas de España y en que los españoles perdieran su independencia y su libertad.—Vanos y tardíos esfuerzos de algunos españoles por defenderlas.—Diferente conducta de los fenicios, de los cartagineses y de los romanos para con los españoles.—Gobierno y organización política de cada uno de los pueblos invasores.—Cómo influyó cada cual en la civilización de España.

El historiador geógrafo Estrabon, comprendió bien la causa del éxito que tuvieron las primeras invasiones de pueblos extraños en el territorio español.

«Si los iberos, dijo (1), hubieran reunido sus fuerzas para defender su libertad, ni los cartagineses, ni antes que ellos los tirios, ni los celtas llamados celtiberos hubieran podido subyugar, como lo hicieron, la mayor parte de España.»

Estando habitadas estas regiones por otras tantas tribus independientes cuantas eran las diferentes comarcas en que su misma estructura geográfica las divide; pueblos todavía groseros y rústicos, regidos por distintos régulos ó caudillos, sin unidad entre sí y casi sin comunicaciones; propensos al aislamiento, aunque belicosos y bravos, ¿cómo habian de oponer una resistencia compacta á extranjeros más civilizados, más disciplinados y más astutos, áun dado que los indígenas en su ruda sencillez se hubieran podido apercebir de las ocultas miras de dominación de sus huéspedes?

No es de extrañar que los primeros colonizadores, los fenicios y los griegos asiáticos lograran establecerse sin oposicion ni el menor esfuerzo en las costas meridional y oriental del suelo ibero. Presentáronse ellos como comerciantes pacíficos é inofensivos, sin aparato bé-

(1) Lib. III.

lico, tratando á los indígenas con dulzura, y no era difícil ni sorprender su buena fe con la política y la astucia, ni atraerse la admiración y el respeto de gentes toscas é incultas con el pomposo aparato de sus ceremonias religiosas, con sus objetos de comercio, no sin arte y gusto contruidos, y hasta con los adornos de sus naves estudiosamente engalanadas. Lo único que hubiera podido incomodarlos hubiera sido la extracción de sus riquezas, si hubieran conocido su valor. Enseñáronsele con el tiempo y con las transacciones mercantiles los mismos colonos, y cuando los naturales comprendieron el excesivo ascendiente que con aquéllas se arrogaban, tuviéronlos ya por incómodos y peligrosos huéspedes, y comenzaron las primeras protestas de independencia en la costa oriental con los indigetes contra los focenses de Marsella, en la meridional con los turdetanos contra los fenicios de Cádiz.

La misma conducta siguieron los cartagineses en su primer período, portándose también ménos como conquistadores y guerreros, aunque lo eran ya por inclinación y por sistema, que como traficantes y explotadores. No les convenia alarmar á los españoles ni intentar entónces su conquista, sino sacar recursos de España y monopolizar el comercio marítimo para atender á las guerras que por otras partes traian. Mostrábase amigos, ofrecian y aceptaban alianzas, y de este modo lograron

establecer colonias y factorías en el litoral de la Bética, á cuyos moradores habia hecho ménos indomables y agrestes el largo trato con los fenicios. De allí y de las tribus vecinas reclutaban soldados, que trasportaban á Sicilia, adonde iban á dar triunfos á los mismos que despues los habian de sojuzgar. La imaginación de aquellos hombres ignorantes no podia alcanzar tan avanzados y cubiertos designios.

Para que los comprendieran en todo su valor, fué menester que viniera ya Amilcar desembozadamente como conquistador. Entónces comenzó también la resistencia. Istolacio, Indortes, Orisson; la historia nos ha conservado los nombres de estos tres caudillos, los primeros que se lanzaron en armas contra la dominación extranjera, capitaneando á los tartesios y célticos, á los lusitanos y beliones. Extraño parece que nuestros historiadores no hayan reparado lo bastante en este primer grito de independencia, del cual, sin embargo, arranca esa cadena de resistencias y de luchas contra las dominaciones extrañas que veremos irse prolongando por espacio de más de veinte siglos en este suelo perpétuamente de invasiones trabajado. Amilcar venció á los dos primeros, pero el primer general cartaginés sucumbió en el tercer combate. Asdrúbal recurre á la política, contemporiza con los españoles y solicita su amistad. Anibal, el más atrevido general de aquellas edades, creyó que para dominar el interior de España no tenia sino llevar á pasear por él sus legiones; pero halló en los olcadas, en los carpétanos y en los váceos pueblos que no querian dejarse subyugar. Los venció, porque tenia que vencer á masas irregulares é informes, mas no dejó de experimentar rudas acometidas y más impetuosos que ordenados ataques de aquellas gentes.

Despues de esto viene el suicidio de Sagunto, cuya imperecedera memoria dispensa de todo comentario al historiador.

Igual resistencia es probable que hubieran experimentado los romanos, á no haberse presentado como amigos de los españoles y como vengadores de agravios que habian recibido de otro pueblo. Admirablemente cuerda y política fué la conducta de los Escipiones. Los

españoles juzgaron de la intencion de Roma por el comportamiento de sus generales, y se hicieron sus aliados. Mas no faltó quien penetrara ya sus ulteriores planes de dominación y tratara de atajarlos con energía. No otra cosa se propusieron Indivil y Mandonio.

Pero por más avisados que queramos suponer á aquellos hombres, cuando pudieron sospechar, rudos como entónces eran, las encubiertas miras de sus huéspedes, era ya tarde; habianlos dejado engrandecerse demasiado, los ejércitos romanos plagaban ya el país, se habian captado la alianza de otros españoles, y la voz de independencia tenia que ser ahogada, como lo fué. Al aislamiento y á la falta de unidad que Estrabon señaló como la causa de haber perdido su libertad los iberos, podemos agregar nosotros la de su ruda sencillez, que no les permitió sospechar sino muy tarde de los disfrazados designios de los pueblos invasores.

Nada más notable que el proceder tan diferente de las dos repúblicas que se disputaban el señorío de España. Los cartagineses, poco disimulados en sus ulteriores miras, eran siempre los primeros á mover la guerra. Importábales poco, si les convenia, tener que violar para ello los tratados. Los romanos, por el contrario, jamas tomaban la iniciativa. Con el mismo pensamiento de dominación, pero con más profunda política, cuidaban siempre de no aparecer los infractores de los pactos ó convenios; esperaban á que otros los quebrantáran, ó los ponian en la necesidad de hacerlo para aceptar despues la guerra con todas las apariencias de justicia, ó como defensa propia ó como reparadores de ofensas hechas á sus aliados. Sólo así se explica la insistencia en seguir enviando embajadas al senado cartagines y de seguir pidiendo explicaciones áun despues de consumada la catástrofe de Sagunto: así se explica la calma con que veian el sacrificio de su heroica aliada.

Esta misma diversidad de conducta con los españoles se nota también durante la guerra. Los cartagineses, sin temer la odiosidad de sus medidas, imponian gravosos tributos á los pueblos conquistados, y los agobiaban con exac-



ciones. Empleaban á los naturales como esclavos en los rudos trabajos de las minas, ramos en que los fenicios les dejaron aún mucho que explotar, y que debió suministrarles riquezas sin cuento, á juzgar por la celebridad que adquirieron los famosos *pozos de Anibal*, de uno de los cuales, nombrado Bebelo, extraían diariamente, si no hay exageracion en los historiadores latinos, trescientas libras de plata acendrada y pura, y el producto de las minas de la Bética era de veinte mil dracmas cada día. Los romanos, que apreciaban en su justo valor el mal efecto que producian en los pueblos los vejámenes indebidos y siempre odiosos, cuando les faltaban vestuarios y víveres con que cubrir y alimentar sus tropas, no los tomaban del país, los pedían á Roma, por no disgustar á los pueblos que acababan de conquistar; y agotado el tesoro de la república, acudían los ciudadanos con donativos para subvenir á las necesidades del ejército de España antes de sobrecargar de impuestos á los naturales.

En sus victorias sobre los españoles tambien era muy distinta la política que seguían las dos repúblicas; señalábase la una por su crueldad, por su generosidad la otra. Amílcar hace crucificar á Istolacio y á Indortes, jefes de los sublevados contra los cartagineses. Escipion perdona á Mandonio y á Indivil, cabezas de una insurreccion contra los romanos. Anibal destruye á Sagunto para conquistarla, y fortifica despues su arruinado castillo para tener en él aprisionados y en rehenes los principales españoles. Los Escipiones recobran á Sagunto y conquistan á Cartagena, y dan libertad á todos los españoles, aún á los mismos que contra ellos habian peleado, y les devuelven todos sus bienes. El único acto de crueldad de Escipion fué el castigo de Illiturgi, y éste fué impuesto por una deslealtad horrible. Más tarde habian de ser los romanos tan malos señores como los cartagineses, pero entre tanto deslumbraban y seducían con su estudiado proceder. Así ganaron las voluntades de los indígenas, y con su ayuda lograron expulsar á los africanos.

¿Cómo, sin embargo, puede explicarse que á pesar de tan diferente trato militáran todavía

tantos españoles en las banderas de Cartago? Era más antigua su dominacion en la parte meridional de España: españoles y cartagineses habian combatido juntos en las guerras de Sicilia, y esto naturalmente habria engendrado más conformidad de hábitos y hasta de idioma entre los dos pueblos.

Siempre resultó que en medio de tales y tantos esfuerzos, faltóles la unidad y el concierto, y malgastaron su bravura en pelear al mando de contrarios y extraños jefes, sin conocer que se labraban de este modo con sus propias manos las cadenas que los habian de aherrojar, cualquiera que fuese el vencedor.

¿Cuáles eran las condiciones de existencia de los primeros colonizadores de España? ¿Cuál su forma de gobierno? ¿Qué fué lo que comunicaron á los indígenas?

Escasas son las noticias que nos han conservado los historiadores acerca de la organizacion política de los fenicios. Sábese sólo que sus colonias constituían una especie de república federativa, y que unidas á la metrópoli en una dependencia más voluntaria que forzosa, todas sus ciudades se gobernaban por magistrados que ellas mismas nombraban (1). Su idioma era un dialecto de la lengua semítica, la de la tribu de Canaan. Pueblo eminentemente religioso, al ménos en lo exterior, llevaba á todas partes su culto y sus dioses, propagando de esta manera sus aberraciones idolátricas con los sacrificios humanos, carácter principal de la infame religion de este inhumano pueblo. Atribúyeseles la invencion de los caracteres alfabéticos y de la ciencia del cálculo. Poseían conocimientos en mecánica y en astronomía. Guiábanse en sus viajes marítimos por la observacion de las estrellas. Su principal ocupacion, la navegacion y el comercio de cambio. Ignoramos si los españoles tomarían algo de su organizacion política, como tomaron su culto, su alfabeto y muchas de sus costumbres (2).

En las colonias de los griegos focenses pre-

(1) Al decir de Heeren, era un gobierno semejante al de las ciudades anseáticas.

(2) Silio Itálico asegura que existían en su tiempo en España muchas costumbres de origen fenicio, y se detiene á notar varias de ellas.



valecia, como en la de Marsella, la forma aristocrática. Cien ciudadanos nobles componían el senado y su cargo era vitalicio.

De la constitucion de Cartago nos dejó Aristóteles preciosas noticias, y ya hemos hablado de ella con la extension correspondiente en el tomo I de esta obra. Presidían el Senado y eran los jefes del gobierno dos *suffetas* (1), elegidos de entre todos los ciudadanos por su crédito y sus riquezas. La fortuna y las riquezas eran las que principalmente conducían á la alta magistratura. Por lo mismo que los cargos eran honoríficos, sólo los ricos podían aspirar á ellos. La aristocracia, que dominó en el Senado hasta las guerras púnicas, no era tampoco una aristocracia de nobles, sino de *optimates* ó ricos. Á veces una sola familia poderosa monopolizaba en sí las primeras magistraturas del Estado y dominaba en todas las votaciones. Esto sucedió primero con la familia de los Magones, despues con la de los Barcas ó Barcinos. Durante las guerras púnicas adquirió gran preponderancia el poder popular. Había un tribunal de *ciento*, que juzgaba á los *suffetas*, á los generales y á todos los magistrados. Este tribunal salvó á la república de toda tentativa de trastorno (2).

Cartago, guerrera y conquistadora, tenía todas sus colonias sujetas á la metrópoli, que era su cabeza y su corazón, y el centro de su vitalidad, donde confluían las riquezas de todas; consistían éstas principalmente en la agricultura y el comercio, en los productos de las minas y en los derechos de aduanas. Sus impuestos eran crecidos y los exigían con inexorable rigor. Hasta las guerras y las conquistas eran un objeto mercantil para aquellos especuladores. Los soldados eran pocos; servíanse de mercenarios reclutados en todas las naciones; y sabiendo lo que costaba cada soldado, griego ó campanio, galo ó español, calculaban el fruto de una conquista por el coste de la campaña. Así no es extraño encontrarlos codiciosos, avaros y egoístas, sin generosidad, sin

(1) En griego *jueces*; especie de reyes, que ejercían atribuciones semejantes á las de los dos cónsules de Roma.

(2) Aristótel. *Política*.

compasion y sin fe; que se cuidáran poco de la santidad de los juramentos y del fiel cumplimiento de los tratados, y que la *fe púnica* adquiriera aquella celebridad que se hizo proverbial (1). Cuando hicieron la paz con Roma despues de la derrota de Zama, sufrieron con resignacion las condiciones más humillantes; mas vencido el primer plazo del tributo, los senadores lloraban al entregar su dinero, y Anibal se echó á reír, demostrando cuán despreciable era para él aquel senado de mercaderes.

Dedicada Cartago exclusivamente al comercio y á la guerra, no eran las letras las que prosperaban allí. Aunque se encuentra citada en los autores antiguos alguna que otra obra púnica, puede decirse que la única que se ha conservado es el Periplo de Hannon, ó sea la relacion de la expedicion marítima que de orden del senado hizo este marino desde España por la costa occidental de África como unos 500 años ántes de J. C. en la primera estancia de los cartagineses en la Bética, cuyo libro se colgó en el templo de Saturno de Cartago (2).

Adoraban los cartagineses, además de los dioses fenicios y libios, algunas divinidades griegas ó helénicas, cuyas estatuas colocaron en el templo de Dido ó Elisa, á quien tributaban culto divino. Pero hasta en las ceremonias y solemnidades religiosas predominaba la fria crueldad de aquel pueblo. Ofrecían á Moloch ó Saturno sacrificios humanos en épocas fijas; á veces eran víctimas ilustres é inocentes; en una ocasion, viendo el enemigo cerca de sus muros, sacrificaron, para aplacar la cólera de los dioses, cien jóvenes escogidos entre las familias más distinguidas; y hallándose Anibal en Italia recibió la noticia de haber sido señalado su hijo para el sacrificio anual.

(1) Heeren, *Sobre el comercio y la política de los cartagineses*.

(2) El sabio español conde de Campomanes, habiendo proyectado escribir la historia de la marina española, compuso, como para que le sirviese de introduccion, una obra titulada: *Antigüedad marítima de la república de Cartago, con el Periplo de su general Hannon traducido del griego*. Precédela un *Prólogo y Discurso literario* sobre dicho *Periplo*. Á esta obra debió el ilustre Campomanes el honor de ser admitido académico en la clase de extranjeros en la real Academia de Inscripciones y Buenas Letras de París.



Por fortuna este pueblo desapareció de la escena del mundo sin dejar rastros de su existencia. En España no dejó ni una institución ni un monumento artístico; pasó su dominación como un pálido meteoro. Sólo edificaron castillos y plazas fuertes, y los españoles aprendieron de los cartagineses á guerrear con más arte.

Los fenicios y los griegos fueron, entre todos los que colonizaron á España, los que ejercieron más influencia intelectual y moral en las costas meridional y oriental de la Península en que se asentaron, y cuyos moradores

eran ya por la benignidad misma del clima ménos fieros que los del resto de España, y recibían con ménos esquividad las ideas y principios civilizadores de sus huéspedes. Pero no olvidemos que estas comarcas no constituían la España entera, y que aun conquistados estos países por las armas romanas, toda la parte occidental y septentrional de la Península se mantenía independiente y libre, y sus habitantes conservaban toda la fiereza primitiva, todas las costumbres rústicas y groseras que ya hemos descrito en otro lugar.

...de la Península...
...de la Península...
...de la Península...

CAPITULO XIX

España bajo la república romana.—Levántanse los españoles contra la dominación romana.—Cambio de conducta de los romanos para con los españoles.—Levántase de nuevo Indivil y Mandonio.—Su muerte.—Guerra nacional.—Caton el Censor en España.—Su crueldad en la guerra.—Destruye cuatrocientos pueblos.—Division de España en Citerior y Ulterior.—Reproducense las insurrecciones.—Idea que se tenía en Roma de la España.—Sórdida avaricia de los pretores.—Sus violencias y exacciones.—Sempronio Graco.—Su probidad y desinterés.—Estafas de Furio Philon.—Es acusado al senado por sus latrocinios.—Partido español que se forma en el senado.—Primeras concesiones políticas que obtienen los españoles.—Colonias romanas en España; Carteya, Córdoba.—Causas de la prolongación de la guerra.—Apuros del pretor Fulvio.—El cónsul Marcelo.—Escipion Emiliano.—Crueldades y alevosías de Lúculo y Galba.—Matanzas horribles.—Indignación de los españoles.

Arrojados los cartagineses del suelo hispano, y enseñoreados de él los romanos, era de esperar que siguieran tratando á los españoles con la benigna y humanitaria política que habían inaugurado los Escipiones. Amigos y aliados se llamaban, y como tales tenían el deber de portarse, si habían de corresponder á los generosos sacrificios que en pro de Roma había hecho España. Mas como al obrar así los romanos fuese para encubrir su ambición de dominio, una vez que adquirieron seguridad de sentarle y extenderle, descorrieron el velo de sus arteros designios, y todo cambió de faz completamente.

Aquella á que los romanos daban el suave título de alianza, ó el más dulce de amistad, fué convirtiendo luégo en dominación verdadera, y los españoles se fueron penetrando de que no habían prodigado su sangre sino para resolver la cuestión de cuál de las dos repúblicas había de ser la dominadora, de que no habían peleado sino para cambiar señores, y de que para sacudir el nuevo yugo les sería preciso emprender nuevas lides.

Fueron los primeros á conocerlo y pregonarlo aquellos dos belicosos é inquietos príncipes Indivil y Mandonio, á quienes ántes hemos visto hacer armas alternativamente contra cartagineses y romanos, unos y otros igualmente aborrecidos, porque en unos y otros veían los usurpadores de su independencia. Aprovechando estos caudillos la ausencia de Escipion, único que había sabido mantenerlos en respeto, excitaron con enérgicos discursos á los ilergetes, ausetanos y otras vecinas tribus, á tomar las armas contra los dominadores romanos, persuadiéndoles de que si se uniesen para ello, les sería fácil arrojar á su vez del territorio español á los soldados de Roma y recobrar sus antiguas libertades. Más de treinta mil hombres respondieron á la excitación de Indivil.

Pero los procónsules Léntulo y Accidino, que despues de Escipion habían quedado con el gobierno de España, acudieron con todas sus fuerzas, y se hallaron pronto en presencia de los insurrectos en los campos sedetanos. Larga y mortífera fué la batalla; incierta estuvo mucho tiempo la victoria. Desgraciadamente, una sae-